



JULIO CORTAZAR

E.E.S N° 75 "Julio Cortázar"

Falucho 450 -Resistencia (Chaco)

Curso: 5to 1ra Turno Vespertino (Ciclo Orientado Modalidad Ciencias Sociales)

Asignatura: Pensamiento Político Latinoamericano

Año: "2021: Año de El Impenetrable Chaqueño, Departamento General Güemes"

Unidad N° 1: Introducción al estudio del Pensamiento Político Latinoamericano. Las bases de la Identidad Latinoamericana.

Tema: El debate en torno a la invención del término América Latina en la obra de Eduardo O'Gorman (*La invención de América*. Fondo de Cultura Económica, México, 1995) y Walter Mignolo (*La idea de América Latina. La herida colonial y la opción decolonial*. Barcelona, Gedisa, 2007)

TRABAJO N° 8

El historiador mexicano Eduardo O'Gorman en su obra "*La invención de América*", tomando como punto de partida el término *invención* realiza un análisis en torno a la discusión acerca de la idea del descubrimiento de América. O'Gorman sostiene la tesis de que América no es un continente, tampoco que fuera descubierta, para él se trataría de una invención. Además, sostiene que la historia que debe ser pensada críticamente no es la de la llegada de los europeos a lo que a lo que llamamos América, sino, ante todo, *la historia de cómo se construyó la idea de que América "fue descubierta"*.

La tesis de O'Gorman tiene sentido a la luz del *Diario de a Bordo*, de Cristóbal Colón, el cual narra con detalles la idea con la que los marineros de la tres Carabelas zarparon de Europa y con las que continuaron su travesía a través del Atlántico. En ninguna línea se encuentra la postura de que habría de "descubrirse" un nuevo continente, del cual -debe hacerse énfasis- no se tenía siquiera una idea clara y general sobre su existencia.

Para fortalecer esta posición, es importante destacar dos elementos del contexto: 1)-En 1543, Nicolás Copérnico publicaría su obra "*Sobre las revoluciones de las esferas celestes*", es decir, 22 años después de la caída de Tenochtitlán a manos de Hernán Cortés, el 13/08/1521. 2)-Por su parte, Giordano Bruno, quien rechazaría la existencia de un solo mundo, fue ejecutado, acusado de herejía, en el año 1600.

Ambos autores revolucionaron la concepción física del mundo: Copérnico a través de su modelo heliocéntrico del sistema solar (la Tierra gira alrededor del sol) y Giordano Bruno a través de sus tesis sobre el carácter infinito del universo y la existencia de incontables mundos. Pero estas solo pudieron tener éxito gracias a que el viaje de expedición originario de Colón, y los subsiguientes viajes de conquista y colonización, ya que permitieron llevar a cabo la verificación empírica de estas y otras revolucionarias teorías, como las de Galileo, años más tarde.

La llegada de Colón o la de Cortés a las tierras americanas, debe insertarse en lo que Silvio Zavala, en su "*Filosofía de la Conquista*" (1977), muestra como el inicio de una nueva etapa histórica: **la Modernidad** (concepto del que hablaremos más adelante) la cual tiene como una de sus características principales la consolidación de los estados nacionales en tanto Estados coloniales. En esa lógica, la tesis de O'Gorman es por demás sugerente, pues Colón nunca dejó, al parecer, de creer que había llegado a las Indias, y que solo mediante la "*creación artificial*" de una leyenda, fue como pudo darse paso a la invención histórica e ideológica de América.

En esta ruta trazada por O'Gorman, hay que subrayar la actitud de **dominio**, en el sentido moderno del concepto, desplegada por Colón y sus acompañantes. Esto se observa de manera definitiva en la facultad y el acto de nombrar a las nuevas tierras con nombres en castellano, como si no estuviesen habitados o como si sus habitantes no las hubiesen designado de manera previa con nombres en sus propias lenguas. Es esta facultad de nombrar, la que es pensada por el cristianismo como una de las principales dotes otorgadas por Dios a la humanidad. El acto de señalar o marcar con un nuevo nombre -siempre como un acto de poder y afán de riqueza (expresado en la deliberada búsqueda de oro)- los territorios de los que, al pisar sobre ellos, se asumía que eran nueva propiedad de la corona castellana.

Oro, territorio y poder es entonces, la tríada que se conformó luego del "hallazgo" de las nuevas tierras, a las que la tradición moderna habría de denominar América. Pero, una vez más, en este acto de nombrar, se encuentra implícita una visión del territorio y de sus habitantes, como una "*exterioridad opuesta o extraña*" a Europa. Es decir, son "los otros", "los sometidos", "los conquistables" o "los vencidos".

La invención de la historia de la conquista, en el sentido que le da O'Gorman, no podría explicarse de manera completa sin considerar la figura de Ginés de Sepúlveda, quizá el más férreo constructor de la narrativa legitimadora de la misma. Será quien en "*Democrates Alter*", plantee el principal argumento de la modernidad en torno a las denominadas guerras justas. En el mismo plano se encuentra la figura de Fray Bartolomé de las Casas, quien en la perspectiva de O'Gorman introdujo nuevos elementos en la construcción histórica de la leyenda del "*descubrimiento*": quizá el más relevante es el supuesto carácter de inevitabilidad de tal evento debido a la intervención de la voluntad de Dios. Esta pretensión evangelizadora se encuentra a lo largo de todo el *Diario de Viaje* de Colón; pues en las referencias que hace de las "personas encontradas" en las primeras Islas en las que desembarcó, destaca su "buen carácter", su buena disposición de ánimo, y *una clara capacidad de ser evangelizados* y de comprender la palabra de Dios, ya que según él no se observa que *tengan previamente ninguna "secta"*.

La lista de autores y textos que cita O'Gorman para acreditar su hipótesis es extensa y lo lleva a sostener que la invención de América es absurda y que es esta invención la que permite inventar y significar la otra, igualmente moderna, relativa al mundo como esfera y como espacio territorial universalmente habitable, en términos de posesión y conquista.

Por su parte, el semiólogo argentino Miguel Mignolo se pregunta cómo, quiénes, con qué intencionalidad y desde qué perspectivas políticas e intereses se construyó la noción de América Latina. Previamente, Mignolo plantea una discusión sobre las divisiones del continente, las cuales corresponden según él a **constructos imperiales** (constructos: es una construcción teórica que se desarrolla para resolver un problema. Pueden funcionar como una categoría descriptiva bipolar que permite a cada individuo organizar las experiencias y los datos de la realidad) de los últimos 500 años de acuerdo a la imaginación de la cristiandad. A partir del pensamiento de O'Gorman sobre la invención de América, Mignolo señala que este refiere solo a cómo nació la idea y no a las entidades que han sido denominadas de tal manera con el fin de separar el nombre del sub-continente de su imagen cartográfica.

Para Mignolo el término “Latinoamérica” sugiere que hay una América que es latina, definida por oposición a una que no lo es. En este sentido, retoma la idea de «latinidad» y emprende un seguimiento del concepto desde su nacimiento en una Europa en la que Francia era la potencia dominante hasta la actualidad, pasando por la apropiación que de él hizo la élite criolla de América del Sur y el Caribe hispano en la segunda mitad del siglo XIX. A partir de la actual revalorización de los pueblos aborígenes, la gran población de ascendencia africana y los cuarenta millones de personas de origen latino residentes en EE UU, eclipsados tras la imagen de una Latinoamérica homogénea, el autor se pregunta: *¿qué elementos entran en juego en la supervivencia de una idea que subdivide al continente americano?*

El autor parte del concepto de **colonialidad/modernidad**, afirmando que no existe modernidad sin colonialidad, ya esta última es parte importante de la primera. **Modernidad** es el nombre del proceso histórico en que Europa inició el camino hacia su hegemonía, la **Colonialidad** es “su lado más oscuro”. Desde esos puntos de partida, Mignolo sostiene que la idea misma de *América Latina* es un producto colonial. La división actual de los continentes y su denominación geográfica no son el reflejo de algo natural y preexistente; son un efecto del dominio imperial, una construcción trabajada durante los últimos quinientos años. Hoy nos resulta muy difícil concebir que incas y aztecas no vivían en América; pero esa dificultad denota, precisamente, que nuestras mentes están forjadas en la matriz colonial. Antes del siglo XVI, el continente no figuraba en los mapas europeos. Pero el territorio existía y sus pobladores daban su propio nombre al lugar que habitaban: Tawantinsuyu, en la región andina; Anáhuac en México, y Abya Yala, en la región que hoy ocupa Panamá. Puede parecer una obviedad, pero no lo es. Repetimos: aquellos seres humanos *no vivían* en “América”. Exactamente lo mismo sucedió con la idea de “África”. Dice Mignolo: *“...En Tawantinsuyu, Anáhuac o Abya Yala, nadie había escuchado jamás la voz “Indias Occidentales”, o “América”; semejantes nombres, no significaban nada para aquellos seres humanos. Lo confuso del asunto es que una vez que el continente recibió el nombre de América en el siglo XVI y que América Latina fue denominada así en el siglo XIX, fue como si esos nombres siempre hubiesen existido. Ese espejismo, no obstante, es sinónimo de violencia. La apropiación material del territorio fue acompañada de un bautismo: cuando Américo Vespucio, navegando por las costas del actual Brasil, “tomó conciencia” de que aquello no era la India, sino un “Nuevo Mundo”, comenzó de veras la reconfiguración colonial de aquellas tierras; los viejos nombres fueron quedando, sepultados a consecuencia de un obligado e impuesto desuso.”*

Mignolo recalca que “**descubrimiento**” e “**invención**” no son dos interpretaciones de un mismo acontecimiento; son, muy al contrario, dos paradigmas distintos dentro de los cuales “ocurren” cosas disímiles. En el “descubrimiento” se plantea la perspectiva imperialista de la historia mundial adoptada por la triunfante Europa, mientras que el paradigma de la “invención” refleja el punto de vista de los derrotados. La modernidad europea arranca en ese preciso instante, esto es, con la instauración del “**paradigma del descubrimiento**”. A partir de ese momento, como bien señaló Immanuel Wallerstein (2007), se afianzó dentro del sistema-mundo moderno un discurso que transitó desde la “misión evangelizadora” del siglo XVI hasta la “labor civilizatoria” del siglo XIX, y concluyó con las ideologías del “desarrollo” y la “modernización”, ya en los siglos XX y XXI. Es ahí, precisamente, donde empieza a quedar articulado el “sistema-mundo moderno/colonial”. La historiografía occidental, de una manera notable y casi fundacional, ha estado atravesada por relaciones de colonialidad, pues, las narrativas históricas hegemónicas “silenciaron” una multitud doliente de *otras* historias.

Por su parte, muchas de las élites criollas y mestizas decidieron asimilarse a los modelos foráneos impuestos, aceptando una existencia instalada en la colonialidad del ser. El siglo XIX, justo cuando las jóvenes repúblicas sudamericanas se independizaron fueron testigos de una dinámica culturalmente asimilacionista; una vez alcanzada la autonomía política, en efecto, dichas élites pretendían *emular* a Europa, pretendiendo “europeizar” América.

La “latinidad” es un concepto complejo, y muy problemático. No sólo la idea de “América” fue una invención colonial-imperial; también lo fue la idea de “América Latina”. Para empezar, hemos de recalcar que lo de *América Latina* fue una noción acuñada y difundida por la intelectualidad francesa del siglo XIX, en un contexto de pugna geopolítica con Inglaterra. Es por eso que la idea de *Hispanoamérica*, y el sueño de Bolívar de una “confederación de naciones hispanoamericanas”, sucumbió ante el empuje de esta nueva concepción: construir una *América Latina*, y no ya “hispana” o “ibérica”. Pero más allá de la lucha *entre* las distintas potencias coloniales, lo cierto es que esa “latinidad” (que se convirtió en hegemónica en el siglo XIX) no incluía ni a los pueblos afrodescendientes ni a los pueblos aborígenes (ya que ellos no son ni se sienten “latinos” ni “americanos”).

Mignolo, sin embargo, reconoce en el cubano José Martí y en su noción de “*Nuestra América*”, una idea de “latinidad” más inclusiva y heterogénea (abarcando a los pueblos nativos y afrodescendientes); logrando así, confrontar con los angloamericanos nortños, y “zafarse” de la carga eurocéntrica.

Más allá de este, Mignolo detecta que se produce una curiosa paradoja: lo “latino”, categoría cristalizada en el siglo XIX, se asentó en América del Sur como una identidad criollo-mestiza excluyente (que obviaba a indígenas y afrodescendientes); pero en el EE UU de finales del siglo XX lo “latino” empezó a operar como una identidad político-cultural que, en este caso, aproximaba a los miembros de dicha población a otras “minorías” segregadas como son los afroestadounidenses o los estadounidenses de ascendencia asiática. La latinidad en Sudamérica terminó asumiendo el papel de elemento opresor de otras historias e identidades; en EE UU, sin embargo, esa misma latinidad se situó el otro extremo, esto es, en el plano de los otros discriminados.

Por eso, los latinoamericanos se quejan con razón cuando los estadounidenses se apropian de la voz “América”, porque con ello excluyen todo lo existente al sur del río Bravo. Pero esa queja resulta insuficiente para millones de indígenas que no se identifican ni como norteamericanos (o angloamericanos) ni como latinoamericanos. Ellos habitaban otro mundo, pero les robaron hasta el nombre, porque el sistema colonial-imperial siempre se reservó una facultad muy poderosa: la de nombrar y renombrar. El pachakuti, ese vocablo con el que algunos pueblos andinos prehispánicos se referían a la tremenda dislocación cultural que sufrió su mundo tras la Conquista, fue también un traumatismo epistémico. Los nativos, de repente, ya no conocían su propio universo; los viejos nombres ya no valían, y la topografía existencial en la que habían vivido mutó para siempre.

1. Los autores sostienen que tanto el término América y América Latina son una invención: ¿Comparte esta postura? Con sus palabras exponga cuál es el argumento teórico con el que justifican su postura.